

despreciado en obsequio de su Dios. Francisco no puede ya merecer, y su Amado, de día en día, aumenta su gloria con los bienes que por medio de él ha proporcionado y prodiga á la Iglesia. Hoy, como en los días de su vida, nos presenta en él aquel varon pobre y sábio, que defiende, ilustra y engrandece la ciudad de Dios por su sabiduría. *Inventus est in ea vir pauper et sapiens, qui liberavit urbem per sapientiam suam.* Héroes, sábios, prudentes, altaneros del siglo, que miráis la humildad como bajeza, la sencillez como ignorancia, la abstracción como ociosidad, la pobreza como oprobio; venid y admirad los honores acumulados en rededor de este pobre evangélico. Un Pontífice, testigo ocular de sus virtudes, profecías y milagros, panegirista más que juez de sus méritos, le canoniza á los dos años de su muerte; con los cardenales compone el oficio y rezo con que hoy celebramos su memoria. Le llama ángel, emplea con teson su autoridad y poder en erigirle un templo, en propagar su culto, en solemnizar su traslación; y los años, los siglos que le suceden ven aumentarse estos honores con los que los pueblos, las naciones, la Iglesia, sus Pontífices á porfía le prodigan.

Y vosotros, fieles, aprovechaos de las prodigiosas acciones que acabais de oír; imitad á este prodigio de la gracia en el valor con que despreció las pompas del mundo; aprended á crucificar vuestros cuerpos; para que desasidos del siglo, separados de las criaturas y muertos á vosotros mismos, podais, con el divino auxilio, vivir en Jesucristo acá en la tierra, para vivir eternamente con Él en el Cielo.

Amén.

PANEGÍRICO II

DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

*In diebus suis corroboravit templum.
En sus tiempos fué el restaurador del templo.*

(Ecc. i, 4)

Dios nuestro señor, que crió todas las cosas con un poder admirable, y que las mantiene con una providencia digna de su inmensa sabiduría, há querido manifestar en todos los siglos, que en su mano omnipotente está todo el poder sobre la tierra, que trastorna los reinos, que destruye ó afianza los imperios, y que en Él vivimos, nos movemos y somos. El Señor elige unas veces para estas grandes obras instrumentos débiles, que parecen desproporcionados para el fin á que los destina, como á una Judith para degollar á Holofernes, una Débora para arrollar el ejército de Jabin, rey de los Cananeos, y una Jael para clavar contra la tierra las sienas y el poder del soberbio Sisara. Otras veces se vale su Majestad de hombres extraordinarios y admirables, á quienes reviste de valor, industria y prudencia, para que lleven á efecto sus providencias: como de un Júdas Macabeo para la defensa de su pueblo israelítico; de un Josué para espanto de Jericó, de un Gedeon para derrotar á los madianitas, y de un Sansón para ruina de los filisteos; para que todos conozcamos su poder, temamos sus juicios, adoremos sus disposiciones, obedezcamos á sus preceptos, y esperemos sus recompensas.

Á este modo, carísimos oyentes, podemos discurrir en el orden de la gracia: ¿Á quién no admira ver cómo confunde la idolatría y aterra á los emperadores, que la sostenían con todo su poder; á los sábios, que la defendían con toda su astucia; y á los magistrados, que trataban de mantenerla con todo el rigor é inhumanidad de los tormentos, por medio de unos hombres tan poco proporcionados, como doce pescadores, pobres, rudos, sin el estrépito de las armas, sin el lustre de la nobleza y sin el encanto y brillantéz de la elocuencia?

¿A quién no asombra el considerar cómo peleaban unos tiernos niños, unas delicadas doncellas, unos ancianos débiles; contra las espadas, las ruedas, las catastas, las parrillas, planchas, hogueras, y las fieras más bravas que les oponían los perseguidores del Cristianismo; y cómo sallan vencedores de estas peligrosas y terribísimas batallas con la fé de Jesucristo? ¿A quién no hará levantar el corazón á Dios y bendecir sus misericordias, si reflexiona que el Señor, por su bondad infinita, dispuso que nacíéramos en el seno de la santa Religión revelada al mundo por Jesucristo, predicada por sus apóstoles, sostenida por los santos mártires; enseñada y practicada por innumerables hombres ilustres, que en la ley de gracia ha visto y admirado el mundo? Adoremos, amados oyentes, los justísimos designios del Señor, que si permite herejías, cismas y otros males en la Iglesia, nunca la desampara, y siempre la proporciona medios de salir triunfante de sus enemigos, para que todos veamos que ella es obra de Dios y no invencion de los hombres.

El siglo XIII, tumultuosísimo por la obstinacion de los príncipes, formidable por el orgullo de los herejes, y espantoso por la relajacion de las costumbres, es una brillante prueba de esa asombrosa verdad. Es un punto indefectible de nuestra fé, que la nave de san Pedro no naufragará jamás; es un artículo invariable de nuestra religion, que las puertas del Infierno no prevalecerán contra la Iglesia; pero es tambien verdad indisputable, que la nave puede padecer borrascas, y que la Iglesia puede experimentar quebrantos. En realidad, amados míos, el gran pontífice Inocencio III vió en un misterioso sueño, que el magnífico templo de Letrán, en que está figurada toda la Iglesia universal, se venía al suelo. Pero, aquel Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, que mortifica y vivifica, que humilla y ensalza á sus criaturas, le hizo ver tambien un hombre pobrecillo, que arimando sus hombros á la suntuosa fábrica, la sostenía para que no se arruinára. Con efecto, hermanos míos; en aquel infelicísimo siglo sacó de la nada al gran Francisco de Asís, para ajar la vanidad, humillar la soberbia, desterrar el interés, convertir la disolucion en modestia, los juegos en soledad, las ciudades en desiertos, y los teatros en casas de oracion. Mi seráfico padre san Francisco es destinado del Cielo para transformar los publicanos en apóstoles, los inmundos en espejos de honestidad, los usureros en limosneros, los homicidas en anacoretas, los disolutos en recogidos; y en una palabra: Francisco es destinado por Dios para reparar la Iglesia que estaba á punto de desplomarse. Este es el carácter con que apareció en el mundo san Francisco. Yo no os le debo pro-

poner bajo otro aspecto. Dios le eligió para reparador de su Iglesia: y yo os haré ver cuán dichosamente desempeñó el Santo esta árdua comision; y así aprenderemos todos á cumplir las obligaciones de aquel estado en que nos colocó el Señor. Pidamos la gracia, interponiendo la intercesion de la Reina de los Angeles, á la cual saludamos con las palabras del Arcángel: *A. M.*

Quién no haya visto las ruinas de un edificio, no podrá conocer exactamente los trabajos que se dedicaron en reparar su fábrica. Quien no vió abrasadas las puertas del templo santo de Jerusalén, arruinado su altar, destrozados los vasos sagrados que servían al sacrificio; deslucido todo su magnífico adorno, y nacida la yerba en sus mismos átrios, como dice la Escritura, no podría formar una cabal idea de la grande empresa de Judas Macabeo, que, sacándole de aquella ignominia, le restituyó á su antigua gloria. Así, para que vosotros podais comprender el difícil ministerio para que elige Jesucristo á mi seráfico padre san Francisco cuando le manda reparar la Iglesia, y las grandes virtudes que practicó el Santo en la ejecucion de este mandamiento del Señor, tengo por indispensable hacer un breve relato del estado de la Iglesia en el siglo XIII.

Parecía, amados míos, que en aquel siglo habia el Infierno sacado fuera sus negros humos para oscurecer la Iglesia, desatado sus furias para hacerla guerra, y vomitado sus monstruos para destruirla. Por todas partes la combatian, y eran sus mortales enemigos sus mismos hijos. Los Waldenses tenían puesta su mira en envilecer la autoridad de la santa Sede, iban por unos los concilios más venerables, y se burlaban de los cánones más justos. Los Patricelos profesaban la ignorancia y la soberbia, reduciendo á un nuevo uso la detestable doctrina de los Nicolaitas. Los Albigenes adoptaban los errores de los Maniqueos y Origenistas, amasados con novedades escandalosas, con que hacían licitas las relajaciones más abominables. Gemía España oprimida del yugo mahometano; Francia miraba oscurecida su fé con los errores de los Albigenes y Almaricos: Italia se lamentaba por las horribles hostilidades que cometía en los estados del Papa el emperador Oton; Inglaterra suspiraba con las violencias de su rey Juan, perseguidor sacrilego de las iglesias y obispos. Por todas partes cundía la iniquidad: todo era desórden, todo confusion, todo impiedad: parecia haber llegado ya los últimos días de la Iglesia. La voz del Vaticano se oía con desprecio, sus decisiones eran recibidas con risa, su soberanía era blasfemada con libertad. Unos, dominados de la arrogancia, y otros, de un celo fin-

gido, interpretaban el Evangelio según su antojo, y el nombre católico era un nombre reducido á la exterior apariencia para ofender al Criador sin temor del castigo; en una palabra, estaba toda la Iglesia á punto de arruinarse.

¡Oh Dios altísimo! clamaré yo ahora todo atónico. ¿Quién será, Señor, el Noé, que prevenga tablas á tantos miserables naufragios? ¿Quién la paloma, que anuncie serenidad en tan gran diluvio? ¿Quién el Onías, que restituirá su esplendor á tan magnífico templo? ¿Quién, hermanos míos? Ya lo he dicho: el seráfico padre san Francisco tiene esta comisión conferida por el mismo Jesucristo.

Pero esperad un poco, amados míos, que aún se hace más difícil y más árdua esta comisión con los nuevos y terribles enemigos que se presentaron á Francisco. Es un hecho constante en los autores que han escrito su vida, que apenas nació Francisco en un establo, imitando en esto, como en otras muchas particularidades de su vida, á nuestro amable Redentor, cuando el Infierno, temeroso de las pérdidas que ya presentía le había de causar aquel niño, destacó multitud de demonios, que le hiciesen formidable guerra en todos los pasos de su vida. Vosotros sabéis muy bien, que un solo demonio es enemigo temible, y que suscita no pequeños embarazos á las almas que pretenden obedecer los mandamientos de Dios. ¿Qué dificultades, pues, no tendría que vencer nuestro seráfico padre san Francisco, teniendo que luchar contra tantos demonios, determinados á perderle y arruinarle? Añadid, si os parece, que gastando Francisco en su juventud el dinero de su padre, ya en vanidades con otros mozos, y ya en limosnas para remedio de pobres y reparo de iglesias, le encierra su padre en casa, le ata, y furiosamente le castiga.

Añadid, que soltándole su madre, y saliendo Francisco por la calle tan descolorido y macilento por los malos tratamientos de su padre, juzga la gente que ha perdido el juicio, y le tiran piedras y lodo como á loco. Añadid, que persiguiéndole todavía su padre, le hace comparecer ante el obispo de Asís, y pide le reintegre los daños que ha causado á su casa, renunciando la herencia á favor de su mismo padre; lo cual, no solo ejecuta su hijo Francisco, sino que, además, quitándose todos los vestidos delante del obispo, se los dá á su padre quedándose desnudo. Aplicad ahora, amados oyentes, toda vuestra atención. ¿Es posible, Dios eterno, que á un joven semejante deis el encargo de que sea el reparador de vuestra Iglesia? ¿A un joven criado en vanidades, tenido por loco, castigado de su padre y burlado de sus parientes? ¿A un joven sin literatura, sin fuerzas, sin

riquezas y enteramente desnudo, mandais, Señor, arruinar las pompas del mundo, reformar la disolución del siglo, destruir los ritos profanos, llenar de saludable terror á los pecadores y reformar toda la universal Iglesia? Si, hermanos míos; Francisco atomizará al Infierno, comunicará la luz del Evangelio al gentil, predicará al mahometano, convencerá al judío, ilustrará las tinieblas del hereje, y dirigirá santamente las costumbres de los cristianos. Á su presencia se humillarán los monarcas, vestirán su pobre hábito los mayores príncipes, entrarán los sábios en su escuela, y escucharán con agrado sus palabras todas las gentes.

¡Oh, bendita sea la eterna sabiduría de Dios, y alaben todas las gentes y generaciones su poder infinito, porque elige la ignorancia para confundir la sabiduría, la debilidad para vencer el poder, lo contentible y despreciable para supeditar lo grande y lo magnífico, y la nada para arruinar y destruir el todo! ¡Oh poder grande de una alma acompañada de la gracia del Señor! ¡Visteis ya aquel joven desnudo, aquel hombre tenido por loco, aquel Francisco despojado de cuanto estimable posee la tierra? ¡Escuchasteis la voz de Dios, que por tres veces le intimó reparar las ruinas de su Iglesia? ¡Reflexionasteis sobre la impropiedad de los medios que Dios elige para tan árdua empresa? Pues mirad ahora como Francisco la ejecuta y lleva hasta la última perfección, á pesar de toda la contrariedad de sus parientes, de toda la rabia de los demonios, y de toda la relación de las costumbres del mundo.

¿Visteis alguna vez una insignificante nubecilla, que apenas dá otra idea de sí misma que la de un ligero vapor que sube de la tierra; pero, que agitada después de los vientos se viste de pardas sombras, oscurece todo el horizonte, y engruesando sus hálitos, ya rompe en horrosos truenos, ya hace estremecer las gentes con sus relámpagos, ya inunda toda la tierra con sus aguas? Pues á ese modo aquel pequeño Francisco, que dejamos desnudo en casa del obispo, sale cubierto de un capote pobre, atada la cintura con una cuerda; y llevando una cruz en la mano y el Evangelio en el corazón, predica como un nuevo apóstol en las plazas de Asís á aquellos mismos, que habían sido sus compañeros poco ántes en las vanidades del siglo. En breves días escuchan ya como oráculo al que ántes reputaban por necio; veneran como santo al que graduaban de loco, y le juran obediencia como á padre al que tenían por mal hijo; su voz es temida como un trueno de la indignación divina; y no solo consigue de los pecadores la observancia de los preceptos evangélicos, sino que les persuade que abracen los más sublimes consejos.

Á su imitación renuncian muchos de ellos las propiedades, y viven gozosos en la pobreza voluntaria. De todas partes acuden á él los pecadores, y parten de su presencia convertidos en unos nuevos hombres. Todas las cosas ván mudando de semblante. Las damas más ricas, más delicadas y hermosas, llenas de un saludable pavor con la vista de Francisco, abandonan las galas, dán de mano á los placeres, y muriendo enteramente al mundo para vivir en Jesucristo, siguen las instrucciones del Santo, y se encierran para siempre en los monasterios. Los tratantes dejan las usuras; los artesanos evitan en sus talleres los engaños; los jueces administran justicia con equidad y desinterés; en las familias entra á reinar la piedad, en la juventud la disciplina, y en el templo la veneracion; el que ántes no perdonaba á la sangre ajena, ahora tiene su gusto en derramar por amor de Dios la sangre propia; el que aspiraba soberbio á las dignidades, ahora las renuncia ofrecidas, y aún poseídas le sirven para humillarse; el que tenía su placer en las peligrosas licencias de los teatros, ahora le logra en el profundo silencio de las cuevas; el que miraba con horror las llagas de los pobres, ahora busca en los hospitales las más asquerosas y corrompidas para manosearlas y curarlas. ¡Que prodigio, hermanos míos, de la gracia del omnipotente Dios! ¿Quién no se llenará de asombro al mirar convertida la disolucion en recogimiento, las casas de juego en congregaciones de piedad, los teatros en oratorios, las conversaciones impuras en conferencias de espíritu, los conventículos de Satanás en juntas de devocion, y la disolucion de las costumbres en ejemplos heroicos de la mayor santidad?

Pero ¿por qué nos hemos de asombrar de que Francisco empezase á hacer tanto en beneficio de la Iglesia de Dios que padecía sus ruinas? ¿Y cómo podía ménos de causar tal mudanza en las costumbres el ejemplo de un hombre en quien brillaban las más heroicas virtudes? ¿Habria valor, hermanos míos, para resistir á un hombre, en quien resplandecía la penitencia de los Estilitas, la abstinencia de los Pablos, la oracion de los Ambrosios, el poder de hacer milagros de los Taumaturgos? Yo no sé si alguno de vosotros dejaria de rendirse á la predicacion de Francisco, viéndole seguir á los apóstoles en el deseo de amplificar la religion, imitar á los mártires en la ánsia de derramar su sangre, acompañar á los confesores en las fatigas de su ministerio, y poseer con las vírgenes la purisima azucena de la castidad. Tengo para mí, sin duda, que por más protervos que fuereis, le seguiriais á todas partes, le obedeceriais en todas las cosas y encomendariais la vida.

Pero no os figureis, amados míos, que estas victorias de Francisco le costáran pocas fatigas y desvelos. Nada ménos: viajó el Santo repetidas veces por Italia, atravesó la Francia, anduvo gran parte de España, y en todas partes dejó eternos monumentos de sus trabajos por la conservacion de la fé. Predicó á toda clase de gentes: á moros, á judíos, á herejes, á cristianos. Predicó á sábios, á ignorantes, á grandes y á pequeños. Predicó al mismo Papa y á los cardenales; anunció el Evangelio al Soldán de Egipto, atravesando por todo el ejército de los moros, expuesto millares de veces á la muerte. Le tentó Satanás de vanidad con el aplauso de las gentes; pero el Santo se humillaba hasta la tierra. Le tentó de interés, ofreciéndole riquezas; pero el Santo las reputaba por estiércol. Le tentó de gula, ofreciéndole manjares; pero el Santo le vencia ayunando con el mayor rigor. Le tentó con la ambicion, proporcionándole dignidades; pero el Santo las despreciaba valerosamente. Le tentó tambien, y muy porfiadamente, en los montes solitarios y en los poblados, con el espíritu de la deshonestidad; pero el Santo se abrazaba, unas veces desnudo con la nieve, otras se revolvia entre las zarzas, y otras se arrojaba intrépido sobre carbones encendidos.... ¿Venemos nosotros así las tentaciones? ¿Cumplimos con el ministerio á que Dios nos destinó á cada uno en nuestro respectivo estado, como el Santo cumplió con el que Dios le destinó de reparar la Iglesia? ¡Ay, hermanos míos! ¿qué excusa daremos de nuestra flojedad? Vosotros pensaréis, y con razon, que ha desaparecido ya enteramente aquel primitivo estado de Francisco, en que le vimos como un jóven para nada, como un hombre reputado por insensato. Creeréis sin duda, que ya se divisa como un santo de primera magnitud, en que brillan á competencia la fé más viva, la esperanza más cierta, la caridad más heroica, la fortaleza más invencible, la castidad más pura, la prudencia más justa y el celo más extendido de mantener la religion. Pero ¡ay! oyentes míos muy amados, que es tal y tan prodigiosa la vida de Francisco, que apenas hemos dado las primeras pinceladas en su retrato: aún faltan los colores más vivos á su imágen; aún faltan prodigios estupendos, maravillas superiores á todo el alcance del entendimiento humano. Escuchad algunas, ya que todas podrán saberse solamente en el Juicio universal, en donde nada quedará oculto.

Viendo Francisco que le seguían las gentes, y que todo el mundo iba tras él, atraído de su virtud y de sus milagros, medita un famoso proyecto para perpetuar en el mundo su espíritu y sus ejemplos. Retírase á un monte solitario, y allí, enardecido en el amor de Dios y de sus prójimos, se dedica todo á la oracion y penitencia. Llora

clama, suspira, se abraza, se consume, se derrite con la llama del divino fuego que ardia en su pecho. Allí los éxtasis, los raptos, las elevaciones de su espíritu eran tan vigorosas, que arrebatando también su cuerpo por los aires, le subían sobre los árboles más elevados; allí era el estremecerse los más robustos troncos al duro golpe de sus crueles disciplinas; allí era matizarse las flores y las yerbas con el carmin de su inocente sangre; allí, finalmente, después de un prolijo ayuno de cuarenta días, recibió de la mano de Dios la santa Regla, y la órden de publicarla. ¡Pero qué Regla, señores? Una Regla celebrada de los sumos Pontífices con magníficos elogios; una Regla, que ha santificado millones de almas, que ha establecido la observancia del Evangelio ya amortiguada, que ha despoblado el Egipto del siglo para poblar el desierto, y que ha llenado de santos los altares; una Regla, finalmente, que ha convertido el suelo de la Iglesia en el bello recinto de una Jerusalén santificada. Tal como ésta, amados míos, es la Regla que recibió Francisco del Señor para sus frailes. Tal como ésta es la otra Regla, que dictó asimismo el divino Espíritu para sus monjas. Pero viendo todavía Francisco que todo el mundo le seguía, que no todas las gentes podían ni debían abandonar sus estados, empleos y ocupaciones, forma un tercer proyecto para reducir á una disciplina más exacta las costumbres de los pueblos, y escribe otra tercera Regla para una Tercera Órden, en la cual, sin salir cada uno de su estado, entre en la clase de los hijos de san Francisco, y consiga, observándola, la vida eterna. ¡Qué prodigio éste, señores, tan nunca visto desde el tiempo de los apóstoles! ¡Qué transmudaciones éstas tan asombrosas! Los monarcas más poderosos, sin abandonar el cetro ni la administración de sus reinos, corren á ser hijos de san Francisco en esta Tercera Órden. Los príncipes, los duques, los condes, los marqueses, se apresuran á tomar el Cordón de san Francisco. Las damas más ilustres, las princesas más poderosas, las reinas mismas, las emperatrices, se inscriben en la Órden de san Francisco. Los viudos, los casados, los solteros, las solteras, las viudas, las casadas, el mundo todo, digámoslo en una palabra, se renueva, se reforma, se mejora con la vida, con la predicación y las Reglas de Francisco.

No será difícil creer, con lo que acabo de decir, que consternado el Infierno con pérdidas tan estrepitosas, ó irritados los monstruos del abismo contra Francisco y sus hijos, pretendieran acabar con él y con su Religión á toda costa. Con efecto, oyentes míos; juntáronse en el Infierno los demonios en un tumultuoso conculcábulo, y apuraron sus diabólicas astucias aquellos espíritus malignos, esco-

gitando medios y arbitrios para exterminar de la tierra á los que tantos daños les acarreaban. Reveló Dios á su siervo Francisco éstos perniciosos acuerdos del abismo, para que previniése á sus hijos, asegurándole al mismo tiempo de su protección, y diciéndole estas formales palabras: «Esta Religión es mía, y tomo de mi cuenta el defenderla.» Á la verdad, la persecucion del Infierno fué tan terrible despues de muerto el Santo, que ha sido bien necesario el amparo del Señor para no acabarse enteramente. ¡Ay de mí, hermanos míos! de solo pensarlo se me estremecen las entrañas. Suponed que al fin hubiera logrado el demonio acabar con esta Religión, y que el Señor, siempre venerable en sus juicios, le hubiera dado licencia para arrancar hasta las raíces más profundas de este árbol, que era ya desde sus principios el gozo y la alegría de la Iglesia; ¿cuántas pérdidas hubiera padecido la religion y la piedad? ¿Quién hubiera llevado el Evangelio al Africa, al Asia, á la América? ¿Quién hubiera santificado tantos millones de almas en el Nuevo mundo? ¿Quién hubiera dado tantos pontífices á Roma, tantos cardenales, tantos patriarcas, arzobispos y obispos á las iglesias; tantos mártires á la fé, tantas vírgenes al Paraíso, tantos intérpretes á la Escritura, tantos celosos predicadores á los pueblos? Si el demonio hubiera cortado en flor esta hermosa planta, ¡pobres universidades! defraudados hubierais quedado del esplendor y gloria que os dieron los Ales, los Buenaventuras y otros innumerables. ¡Pobre España! pobre Francia! pobre Italia! cuyos herejes y pecadores, sentados en las tinieblas de la muerte, no hubieran visto amanecer aquella luz que encendió delante de sus ojos un san Antonio de Pádua.

¡Pobre Hungría! pobre Bohemia! ¿Quién hubiera animado á sus príncipes para promover la empresa de atajar las rápidas corrientes del furor otomano, si no hubiera habido en el mundo un Capistrano? ¡Pobres griegos del siglo XVI! vuestros errores y division se hubieran perpetuado en el mundo, si no os trajera desde Constantinopla á Ferrara para uniros con la Iglesia latina el beato Alberto de Sarciano. El nombre dulcísimo de Jesús no tendría hoy en la Iglesia la veneracion que tiene, si hubiera fallado un Bernardino de Sena, quien sufrió hasta el punto de ser acusado de hereje por esta causa. ¿Cuándo hubiera llegado el misterio de la purísima Concepcion á la gloria de ser tan venerado en la Iglesia, si un Scoto no desatara de su lengua en París un río de sagradas persuasiones, para inundar á cuantos sentian con menor piedad de la original pureza de María? ¿Cuántas veces hubieran sido profanados por los bárbaros los lugares santos de Jerusalén, si no fuera por los hijos de san Francisco,

que los mantienen con veneración á costa de sus fatigas y su sangre? ¡Pobre pesebre donde el amable Jesús dió los primeros suspiros sobre el heno! sobre él se apacentarian los brutos, si no hubiera hijos de san Francisco que lo defendieran. ¡Triste Sepulcro, donde fué depositado el destrozado cádáver del Salvador! ahora sería el escarnio y la burla de los mahometanos. ¡Pobre reino del Congo, desdichados reinos de Nepar y Angola! pobre Mesopotamia, infeliz Persia, pobre mundo, si...! Pero á dónde me lleva la verdad de unos hechos tan constantes? ¿Pretendo yo acaso contar las estrellas del cielo, las arenas del mar, las hojas de los árboles? Tan imposible como esto sería sin duda, referir los frutos que esta Religión ha producido en la Iglesia; y es tan evidente lo que acabo de decirlos, como que san Francisco llenó exactamente su ministerio de reparar la Iglesia con su vida, sus ejemplos, sus virtudes, su predicación, su regla y sus hijos.

Y bien, amados míos; ¿qué nos manda Dios, y qué hacemos nosotros para obedecer al mandamiento de Dios? Dios nos manda renunciar con el afecto todas las cosas que posemos para ser discípulos suyos; y en lugar de desprendernos de ellas como san Francisco, buscamos acrecentarlas, sin satisfacerse jamás la avaricia de nuestro pobre corazón. Dios nos manda huir de la deshonestidad, y nosotros, en vez de huir de los malos pensamientos como san Francisco, buscamos las ocasiones de perder la castidad, damos libertad á los sentidos, y vivimos con frecuencia en medio de los peligros. Dios nos manda dar buen ejemplo al prójimo en todas las cosas, y nosotros, en vez de manifestarnos como san Francisco, humildes, mansos, modestos, laboriosos y aplicados, escandalizamos al prójimo con nuestra ira, nuestra soberbia, nuestra ociosidad y nuestra disolución. ¡Ay, amados de mi alma! Mirad lo que haceis, mirad como vivis: tened siempre en vuestro espíritu estas admirables palabras, que san Francisco tenía frecuentemente en sus labios: «El deleite es breve, la pena perpétua, el trabajo poco, la gloria infinita: muchos son «los llamados y pocos los escogidos.» Con ellas exhortaba el Santo á sus hijos, y con ellas os exhorto yo á vosotros, para que consigais la gracia y para que alcanceis la Gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO

DE LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Vulneratus est propter iniquitates nostras... et dolore ejus sanati sumus.

Por causa de nuestras iniquidades fué el llagado... y con sus cardenales fuimos nosotros sanados.

(ISAL. LIII, v. 5.)

Si la diferencia evidente que media entre un retrato y su original impide, que los que discurren bien atribuyan al primero los caracteres esenciales del segundo, y excluye todo pié de igualdad; sin embargo, es positivo, hermanos míos, que entre el original y la copia ha de existir siempre una semejanza de imitación, por la cual en la una se refleja de tal manera la fisonomía del otro, que dé al espíritu una idea exacta de él, ó renueve en la mente su recuerdo. Bien conozco que un espíritu grosero, hondamente impresionado por los lineamientos que se le presentan, no pasa más allá de la efigie; y como si fuese el prototipo mismo que le comunica vida y movimiento, la invoca, la interroga y le responde; y entregándose al ciego engaño derrama ante ella toda la plenitud del sentimiento y del afecto. Éste y no otro es el funesto origen de la execrable idolatría, é hizo que un simulacro de oro ó plata, cuya pupila no ve, cuya oreja no oye, cuyas manos carecen de sentido, así como sus piés de movimiento, obra vana de un artífice mortal, alcanzase la adoración y los homenajes del vulgo ignorante. Mas, porque la ignorancia abuse de todo y lo convierta en veneno, ¿deben condenarse las rarezas del arte, la magnificencia de la naturaleza y los dones admirables de la gracia? ¿Deberá culparse al Criador por la fábrica del sol y de las estrellas, porque de estas imágenes de una belleza encantadora hicieron sus dioses las naciones idólatras?

Aceptado que fuese este exagerado principio, en vano os hubierais hoy juntado para escucharme, hermanos míos; y el gran milagro que

tanto interesa á vuestra piedad, ántes que el de suministrar un poderoso argumento para mi discurso, debería ser contado entre aquellos desórdenes que tan solo pueden reparar, ó bien un severo desprecio, ó el olvido desdenoso de los siglos ilustrados. Con efecto; cuando para librar de ciertos obstáculos á la devoción ignorante fuese necesario apartar de su vista los bronceos, los mármoles y los cuadros; ¿cómo expondríamos á la vista pública, cómo celebraríamos con las pompas de la elocuencia las prodigiosas Llagas de Francisco, y la viva y abatida imagen de Jesús crucificado? En realidad de verdad, se necesita un esfuerzo de circunspección y de prudencia para no caer aquí en una ilusión. ¡Cómo! aquel Francisco, que nace en un pesebre, que crece entre las zozobras de una pobreza angustiada, que rico en obras y en doctrina recorre evangelizando las tierras infieles de la Decápolis y del Jordán, y trepando á una eminencia queda traspasado de piés, manos y costado, ¿no es el hombre del dolor, el herido y humillado de Dios? ¿No es aquel gran profeta, que, en premio de los agravios que ha sufrido y de la sangre que ha derramado, verá crecer en torno suyo una posteridad numerosa? Nó, hermanos míos, no es él, y es menester guardarse bien de trasformarlo en una divinidad monstruosa. Pero ¿no os sorprende la uniformidad de aquellos rasgos? ¿no veis cómo brilla el misterio? No pienso traer de léjos el particular elogio que habeis tenido á bien confiarne, puesto que las santas llagas de Francisco son tan semejantes á las preciosas heridas del Redentor, y las poderosas razones de tan incomparable portento tienen una afinidad tan grande con los motivos conocidos de nuestra redención, que subordinando la semejanza mortal al divino modelo, pueden señalarse sus mutuas proporciones; y con feliz correspondencia de idiomas puede trasladarse lo que se dijo de aquellas milagrosas impresiones á lo que se dijo de las mismas llagas del Salvador: *Por causa de nuestras iniquidades fué Él Ulagado...*, y con sus cardenales fuimos nosotros sanados.

Gran cosa es un prodigio; mas no todo prodigio es fecundo en cosas grandes. Destinados á fortalecer la confianza de los hombres y á dar testimonio de la mano del Señor, siempre robusta y benéfica, parecieron casi supérfluos despues de la solemne promulgación del Evangelio; por lo cual su misma rareza indica, que no tienen ya las miras elevadas que en los antiguos tiempos; y para decir todo lo que puede decirse, nos contentamos confesando con el Profeta, que es obra de Dios, y que es admirable á nuestros ojos. Pero vosotras, escarpadas peñas de Alvernia, que con vuestras horribles grietas y rotos peñascos traéis á la memoria del atónito peregrino las veredas

del Calvario, vosotras visteis un prodigio harto parecido al de aquel monte dolorido, cuya sublime razon y gloriosos efectos son un compendio de los vastos designios que tenia en el pensamiento el Verbo eterno hecho carne, mientras exhalaba su bellísima alma en la cruz: las llagas de Francisco, de las cuales fuisteis mudos testigos, no son un milagro particular que comience y acabe en él, sino que interesa á toda la república cristiana: de tal suerte, que ha llegado su fama á los pueblos más apartados. ¡Ah! exclamaron éstos, Francisco lleva el peso de nuestros pecados, y con el lastimero cuadro de una nueva crucifixion reclama para nosotros los perdidos senderos de salvacion y de vida: *Por causa de nuestras iniquidades fué el Ulagado*; hé ahí el origen de aquellas llagas; y con sus cardenales fuimos nosotros sanados; hé ahí sus consecuencias. A. M.

Del extremo remedio del cual la gracia hizo ministro á Francisco, podréis inferir sin esfuerzo, hermanos míos, los extremados males y la consumada depravacion que en aquellos dias de desórden y de horror cubrian cual negra noche la tierra. Nada diremos del Asia, donde el tártaro conquistador, juntando el valor á la barbarie, y la audacia á la fortuna, llevando al combate una tropa compuesta de gente advenediza, veía quebrantado el orgullo de formidables imperios, destruía las provincias, derrocaba los tronos, y con su vara de hierro heria igualmente la religion y las leyes; mientras por otra parte, las tumultuosas Cruzadas, despreciando los cuerdos avisos y las reprensiones del mismo Francisco, sembraban desórdenes y delitos por las santas regiones, que intentaban arrancar de las manos de los tiranos para volverlas á la libertad de la fé. ¡Ay de la desgraciada Europa, en cuyas horribosas calamidades se vislumbraba claramente la culpa y la corrupcion general! ¡Oh reunion infame de todos los monstruos! Tan estúpida era la ignorancia que entónces dominaba, que la autorizada palabra del Evangelio era desconocida á la idólatra Prusia y á la Livonia! ¡Tan descarada se sostenia la avaricia, que los beneficios de la Iglesia eran pujados públicamente en el mercado; y los mismos Sacramentos no estaban libres de contratacion y de precio. Paseabase tan libremente la irreligion, que las fiestas cristianas servían para dar suelta á una licencia pagana; y las preciosas reliquias de los mártires eran prostituidas con el uso abominable de los encantamientos mágicos. Las costumbres y las máximas que dominaban, no ruborizaban ménos á la ley del Evangelio que á la supuesta cultura de aquellos hombres incivilizados. De ahí las rebeliones y estragos de la turbulenta Bretaña; la nueva fuerza que ad-

quirió el indócil cisma, torpemente autorizado por la orgullosa Alemania; la hidra siempre renaciente de los albigenses, valdenses y demás impíos sectarios en la borrascosa y velleidosa Francia; de ahí, finalmente, el espíritu de discordia en la equívoca Italia, que, invadida por las armas extranjeras y quebrantada por halagüeñas herejías, renunciaba con pavoroso continente á la piedad de sus mayores, satisfecha tal vez viendo profanados sus templos, encarcelados sus obispos, y vacilante la sucesión apostólica en el Capitolio.

Horrízase Francisco al contemplar el inmenso diluvio de tantos desastres; y el dolor, la compasión y el celo, ora le rasgan el corazón, ora le hacen prorumpir en llanto, ora encienden en él una santa indignación. Mas ¿qué podía hacer el nuevo Elias contra el naufragio voluntario del pervertido Israel? En vano tiende la mano á sus hermanos que están en peligro y nadando por el proceloso mar; seguido de pocos imitadores, que, como él no quieren doblar la rodilla á Baal, se salva en las ásperas cimas del Apenino. Desde este sitio fija sus miradas en las peligrosas ondas; y al contemplar de léjos las extenuadas gentes próximas ya á la muerte: ¡Desdichados! exclama, ¿no veis ya encendido el rayo que amenaza vuestras cabezas? ¡Ay de mí! que está ya para pronunciarse una funesta sentencia: los Cielos se mueven sobre sus quicios, la misericordia asustada aparta su vista, y los ángeles de la venganza corren á las armas... ¡Deteneos por un instante, Dios mío! si no se han agotado aún los tesoros de vuestra bondad, dignaos hacer de ellos un nuevo dón á la culpable tierra; y si es necesaria una víctima para aplacar vuestro enojo, aquí teneis un siervo inútil que se os ofrece en expiación.

¡Oh fuerza admirable de una oración afectuosa! Ella había penetrado en el Empíreo, y del trono excelso de Dios bajaba, destellando viva luz un Serafín, para hacer de Francisco el blanco de una amable cólera ó de un amor airado. Relámpagos, que brillan en la espaciosa atmósfera, las hayas del bosque rodeadas de llamas, y las cúspides de las rocas, que reflejan en mil partes aquella claridad sobrenatural, anuncian al extático Patriarca la venida cierta del Señor, ó de su más noble embajador. Con efecto; deteniéndose delante de él la estupenda visión; y abriéndose de improviso las dos grandes alas que cubren al mensajero, manifiesta divinamente esculpida en el seráfico regazo la efigie del Redentor crucificado. ¡Ah! aquellas llagas aún recientes, aquella sangre, que hace poco corría á torrentes, ahogan en el alma de Francisco el dulce júbilo que empezaba á experimentar por la suspirada presencia de su Dios. ¡Qué vista tan cruel, quería decir sollozando, qué escena tan trágica!... Pero reanimán-

dose de repente la celestial figura, y soltando en suaves acentos sus amortecidos labios: ¡Ingratos! exclama, vosotros os olvidasteis de mí, y sin la fuerza de mi brazo omnipotente hubierais caído ya otra vez en el funesto abismo de la nada; sin el fuego vigoroso de mi amor se hubiera apagado ya el calor que prolonga vuestra vida; sin mis paternales cuidados hubierais desfallecido desnudos y famélicos en el desolado universo: yo, que he sido vuestro artifice, cuando en el seno maternal compuse vuestros huesos; yo, que soy vuestro guarda, cuando abro vuestras pupilas para que os apartéis de los peligros, y cuando os las cierro para dormiros en mis brazos; yo, que soy vuestro médico, que os preparo en las aguas y en las plantas los remedios para reanudar el delicado hilo de vuestros días... ¡yo, me veo olvidado de vosotros! ¿Y qué memoria resta de mi larga peregrinación entre los hombres, de mis palabras de vida, de mis milagros, de mi cruz, de mis llagas y de mi muerte? ¡Almas de poca fe! ¿por qué mi vista no atrae vuestras miradas? Con rivoltos pretextos os olvidais de amarme. ¡Ah! dejen por fin, toda excusa cuantos me desconocen; hoy me volvereis á ver; hoy sabreis la manera humana como me trata vuestra negra perfidia: miradlo á lo ménos en ese á quien habeis traspasado.

Acércae el Serafín al trémulo Francisco, lanza contra él cinco rayos vivisimos como agudos dardos, y desaparece. Ya me habeis entendido: la espada vengadora de Dios se había transformado en aquellos rayos; y así como una vez hirió por nuestro amor al inocente, así ha impreso ahora sus propias llagas en el inocente para atestiguar á un tiempo su cólera y su perdón. Mirad, contemplad pues las señales visibles de la salvación eterna; contemplad las gloriosas heridas que triunfaron del Infierno: quién no diría que revive en Jesucristo Francisco, cuando en éste reviven tan manifiestas y verdaderas sus amorosas llagas? Bien concibo, hermanos míos, que podría regocijarnos el curioso exámen de aquellas manos y de aquellos piés, donde desgarrada la carne, atraviesan de una parte á otra los sangrientos clavos, y abren por una parte y repliegan por otra el admirable tejido de nervios y de fibras; concibo que tal vez os gustaría registrar aquel costado abierto, y preguntar al generoso penitente de los Alpes, si es verdad ó ilusión aquella vida, que conserva despues de los estragos de tan desapiadado martirio. Pero ¿no os parece mejor que, sin escurdirnar por ahora la forma sensible ni las propiedades ocultas de las milagrosas llagas, dediquemos los pocos instantes que nos quedan á manifestar sus consecuencias?

Que la voz confusa del gran milagro se propague por la Toscana

y la Umbria, que llene la Italia de mar á mar, que trascienda el Apennino, que se extienda más allá del Mediterráneo y de los Pirineos; ¿podrá por ventura atribuirse á fanatismo popular; ó á aquel inquieto deseo de lo maravilloso que atormenta tan fuertemente los ánimos, cuando el ócio se le une una pequeña dosis de sentido común? Sin embargo, no dejaron los incrédulos de atribuirlo á fanatismo. ¿Qué son esas llagas? decían con aire maligno de desprecio y de burla; ¿de dónde y cómo vinieron? ¿Y á qué? ¿por ventura quedó imperfecta la redención, ó tal vez hay establecido en el Cielo el período de doce siglos para dar de ella una nueva manifestación á la tierra...? Encontrar defectos en Dios es la blasfemia más estúpida; imaginar que el hombre fuera capaz de repararlos, sería el más ridículo de los errores; y atribuir á Francisco esta vanidad quimérica, la más vil de las imposturas. Así iba acumulando sentencias y discursos la desatinada incredulidad; y tributando un falso honor á la divina Sabiduría, degradaba la omnipotencia, ultrajaba á la misericordia, y erigía en consejos del Cielo sus preocupaciones y caprichos. Bastaba S. Pablo por sí solo para convencerla de su soberbia y ceguedad; S. Pablo, que se gloríaba de completar la pasión con la frecuencia de las ignominias y con la multitud de los tormentos. Cuando una nube de irrecusables testimonios vino en apoyo de la fama siempre incierta; cuando se supo que, no solo los más parciales del célebre suceso sino aún los suspicaces y descreídos, reconocidas ya por nuevos prodigios, ya por evidencia inmediata las adorables llagas de Francisco, confirmaban á porfía su existencia, y manifestaban públicamente su verdad; cuando, en fin, la autoridad de la Cabeza de la Iglesia, y la Iglesia misma, con completo acuerdo de todos sus miembros, apreciaron el hecho y le pusieron el sello de la certeza, se detuvo cortésmente la pertinacia del entendimiento, y la religiosa simplicidad de la fé volvió á recobrar sus derechos sobre la razón vencida. Un sagrado horror, un profundo silencio de asombro, un sentimiento de ternura llenó los entendimientos, y todas las gentes de Europa alzaron acordes su voz, y preguntáronse unas á otras: ¿qué son esas llagas?

¿Qué son estas llagas? decía Francisco á sí mismo. ¡Ay de mí! ¡tan preciosa imagen en una tela tan ruin y abyecta! ¡Ah! ¿qué fruto os prometéis, Dios mío, del árbol ingrato en el cual esculpisteis vuestra cifra? Sin duda se hubieran encontrado millares de almas mejor dispuestas, y que hubieran encarecido mejor su precio y sostenido su decoro!... Derretíase su corazón en estos trasportes como en una vasta hoguera; y la sola vista de los pies traspasados y el

tacto de las manos heridas bastaban para sumergirle en un éxtasis victorioso, que lo transformaba siempre en un hombre nuevo; porque salía de aquella contemplación altísima con tan rara fuerza de pensamientos y de afectos, que sus palabras no se distinguían del impetuoso rayo; ¡tan poderosas eran para conmovir el infecundo desierto y hacer pedazos las más duras piedras! En suma, justo y santo como era Francisco, logró con sus llagas una medida de justicia y una corona de santidad igual, si no mayor, que la de los mayores modelos. ¿Qué son esas llagas? decían, agrupándose en torno suyo sus hijos enternecidos. ¿Son argumento de indignación? ¡Ah! apláquese ya el Cielo irritado, y amargos gemidos de arrepentimiento quiten de las manos del Eterno su tremendo azote. ¿Son argumentos de amor? ¡Ah! no tardemos en mostrarle la correspondencia; viértase nuestro sudor y nuestra sangre para aumentar su gloria. Puéblanse en un momento las solitarias cavernas y las erizadas selvas; cúbrense unos de ceniza y de cilicio; sacrifican otros á la oración y al silencio los más justos deseos de la naturaleza; consúmense unos con ayunos; muchos atormentan sus miembros inocentes; y la horrible Alvernia, no ménos gloriosa que la Tebaida ó el Carmelo, enviaba á Italia desde sus cumbres inculatas un aire santificado, que iba serenando á cada instante el turbado horizonte. Entretanto, un escuadrón escogido de magnánimos atletas recorría el África y el Asia, desafiando abiertamente á la idolatría, al Alcorán y al cisma. Vióles la Libia y el Egipto vestidos con un saco, y con los piés desnudos pisar la ardiente arena de sus desiertos, sembrar entre las llamas el Cristianismo, y darse por contentos cuando en cambio de enseñanza y de fé recibían la cárcel y la muerte. Viéronles el Boristenes, el Volga y el Ganges suavizar la fiera del tártaro, animar la timidez del indio, y escribir el nombre de Cristo en la frente de los déspotas más temidos del Oriente. ¡Ah! aquellos hijos incomparables, separándose de los brazos del padre, habían chupado de sus ricas heridas el generoso espíritu del Evangelio y la virtud de obrar y padecer por el grandes cosas.

¿Qué son esas llagas? repetían de léjos las ciudades asombradas: Cristo impassible, nuevamente crucificado en un hombre, ¿no indica nuevos crucificadores? Demasiado grande y ruidoso es el prodigio, para que nos figuremos que el número de los malvados sea corto. Y qué locura, qué piedad tan vituperable, ir todos los días en peregrinación á Palestina, adorar allí el sepulcro del Redentor, pasar de Jerusalén á Belén, ó del Gólgota al monte Olivete, y traer nuevamente á la pátria la misma alma malvada, para cuyo remedio hubie-

ron de acontecer las terribles maravillas de un Dios crucificado y muerto! Turbáronse con tales ideas, y temblaban de saludable espanto las Ninivas y Babilonias de Europa; creían ver en Francisco otro Jonás ó Jeremías, que, mostrando las sangrientas llagas en comprobación de su mision, intimaba al mundo extraviado la penitencia ó el exterminio. ¡Cuántos suspiros se dirigieron al Cielo, cuántas enemistades se compusieron, cuántas pasiones se ocultaron en los más íntimos pliegues del corazón! No debo detenerme aquí á enumerar los trofeos que aquellas llagas levantaron sobre las abominaciones del siglo XIII: baste saber que persuadieron á los libertinos, convencieron á los incrédulos, y atacaron á los herejes; que dispadas con admirable fortuna las sediciosas intrigas que había entre güelfos y gibelinos, aseguraron por algun tiempo la paz al sacerdocio y al imperio; que fueron la conquista del grande Antonio en Portugal, del famoso Hales en Francia, de un Rodolfo en Inglaterra, de un Buenaventura en Italia. ¿Y no sois algunos de vosotros, hermanos míos, una de sus más bellas conquistas? Vosotros manteneis vivas en este siglo de indiferencia las débiles chispas del fervor cristiano, con vuestra frecuencia á los ejercicios devotos, vuestro apartamiento de las reuniones profanas, la decente sencillez de vuestras fiestas, y la afable compostura de vuestros trajes; distinción gloriosa, claramente debida á las augustas llagas del privilegiado Francisco.

¡Ah! proseguid intrépidos en la gloriosa é ilustre carrera que emprendisteis, estimulados prodigiosamente para seguir las huellas de vuestro padre, así como él seguía las del Crucificado; y contemplando con santa amargura el funesto origen de sus llagas, multiplicad sus felices consecuencias en el seno de vuestra patria. *Amén.*

PANEGÍRICO DE SAN FRANCISCO DE BORJA.

Mortificatus quidem carne, vivificatus autem spiritu.

Estaba muerto según la carne, pero vivía según el espíritu.

(I. PÉTRA. II, 18.)

Siempre que medito, católicos, en la vida de S. Francisco de Borja, aunque que fué de Gandia, pareceme que comprendo todo el sentido de aquel precepto, que de tantos modos diferentes nos manda hacer de esta vida una especie de muerte: precepto en que se nos dá á entender, que debemos morir al mundo y á nosotros mismos, y vivir crucificados con Jesucristo. La mortificación puso á S. Francisco de Borja casi en el mismo estado á que reduce la muerte á todos los hombres, y aún parece que, ó le arrancó el alma del cuerpo, ó solamente se la dejó para sentir y padecer. Bien sé, señores, que esta penosa y austera virtud es muy poco conocida en nuestro siglo; y que aún aquellos que en el mundo gozan fama de santos y virtuosos, no se conforman con que la santidad consista en aborrecerse el hombre á sí propio, y tratar su cuerpo como á su más mortal enemigo: la mayor parte de estas personas consideradas virtuosas, se lisonjean de observar un justo medio, que, sin ser molesto á la naturaleza, no perjudica á la gracia; se figuran haber hallado el modo de conciliar el amor propio con el amor á Dios, y de imitar en el seno de una vida pacífica y cómoda la vida de Jesucristo crucificado.

¡Qué diferencia tan notable média entre el modo de pensar de San Francisco de Borja, y esa falsa idea de perfeccion cristiana! En nuestro Santo hallareis un hombre, que aborrece cuanto puede halagar á la naturaleza; un hombre, á quien las más pesadas cruces le parecen ligeras y deliciosas; un hombre, que, lejos de rechazar los dolores y trabajos, los busca y apetece; un hombre, que constantemente está resistiendo todos los deseos é inclinaciones del hombre viejo, ó por

decirlo mejor, que ha nacido al parecer con inclinaciones contrarias á las de los demás hombres; en una palabra, os presentará la imagen de un hombre muerto; y si esta imagen es poco agradable, á lo ménos no podreis dudar de que es muy saludable: la vista de un cadáver medio corrompido, despertó en el corazón de nuestro Santo el deseo de morir al mundo.

La muerte no destruye el alma ni el cuerpo del hombre, solamente los separa; pero esta separacion produce en estas dos partes, que constituyen nuestro sér, efectos muy opuestos: precipita al cuerpo en el sepulcro, y al mismo tiempo liberta al alma de una prision molesta, ó de un funesto sepulcro en que estaba como encerrada; imposibilita al cuerpo para ejercer sus funciones, y dá poder al alma para que obre conforme á su naturaleza; en una palabra: apenas hace la muerte esta cruel division, cuando el cuerpo pierde el sentido de los dolores y el gusto de los placeres; empero el alma, libre entónces, empieza á tocar los objetos espirituales y las cosas más distantes de la materia.

Ésta es la más alta idea que se puede formar de S. Francisco de Borja; esto fué lo que hizo en este grande hombre la mortificación, muerte voluntaria y anticipada; y esto mismo me obliga á representárosle hoy como un hombre muerto, porque la mortificación le habia desprendido de sí mismo; y separando, en algun modo, su espíritu de su carne, habia hecho á ésta casi insensible á los rigores de la penitencia, y á aquél capaz de unirse con Dios, y de elevarse á la sublime contemplacion de los objetos sobrenaturales. Dividiré en dos puntos este discurso: en el primero os manifestaré, que la mortificación redujo el cuerpo de Francisco de Borja á padecer sin quejarse; y en el segundo, que libró á su alma de la esclavitud de su cuerpo: primero vereis cómo se hallaba insensible á todo cuanto puede halagar los sentidos; y despues las disposiciones que en él habia para recibir los objetos sobrenaturales: por una parte admirareis el más generoso desprendimiento de todos los objetos criados; y por otra, la union más íntima con Dios; en una palabra, vereis á Francisco de Borja habitando en un cuerpo, en algun modo sin sentidos, y con un alma que parece vivia separada del cuerpo. ¡Dichoso yo, si á vista del estado de muerte en que hoy he de pintar á nuestro Santo, se moviera mi auditorio á penitencia, como él se movió á la vista de un cadáver! Mas, ante todo, imploremos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen: *A. M.*

Sin duda, señores, que fué un honor insigne para el duque de

Gandía, el encargo que le hizo el emperador Carlos V, de conducir el cuerpo de la emperatriz Isabel al sepulcro de sus mayores; pero Dios, que mira con especial amor á sus escogidos, se vale de los medios humanos para la ejecucion de sus impenetrables decretos. Yo habia oido muchas veces, que luego que llegó á Granada el cuerpo de aquella princesa, se abrió el ataud para examinar si era efectivamente su cadáver el que allí estaba encerrado; y que al verle S. Francisco de Borja tan desfigurado, temió cometer un perjurio, si aseguraba ser aquél el mismo cuerpo que se le habia confiado. Esta mudanza tan súbita causó en su corazón una revolucion igualmente súbita y singular: conmovido á vista de aquél horrible cuadro, concibió tal desprecio de todas las falsas grandezas del mundo, que desde entónces determinó abandonar la corte y renunciar para siempre las vanas esperanzas que, aún cuando se consigán, las desvanecen el tiempo y la muerte. Ya estoy resuelto, exclama; ya no tributaré más incienso ni prestaré más servicios á la corte, ni serviré á un dueño, sujeto como yo á las leyes de la muerte. Ved, pues, señores, como desde este dia su increíble mortificación y su incomparable desprecio de los bienes terrenales, empiezan á hacerle insensible á los rigores de la penitencia, superior á los honores, y sordo á la voz de la sangre.

El primer efecto que produjo en el corazón de nuestro Santo la vista del cuerpo de la emperatriz, fué un ódio irreconciliable contra su propio cuerpo; continuamente se estaba contemplando en el mismo estado en que acababa de ver el cuerpo de aquella princesa, que poco ántes era la admiracion de la Europa por su belleza; se consideraba como un cadáver, que por su infeccion y horror era insoportable en el mundo. Poseído de esta idea, se priva del uso de los manjares delicados, se abstiene de los más comunes; y aún muchas veces se niega los necesarios para alcanzar el Cielo, destruyendo poco á poco una carne que sabia habia de ser pasto de gusanos, si ántes él no la consumia por medio de la penitencia. Para demostraros mejor el celo con que desde luego abrazó la mortificación cristiana, los escritores de su vida nos refieren un hecho, al parecer increíble; apenas habia pasado un año en esta nueva vida, cuando ya parecia, no solo un nuevo hombre, sino un hombre absolutamente distinto; sus mismos criados no le conocian, segun lo mucho que habia enflaquecido: el mismo aseguraba, que en la piel que le sobraba, la que solamente servia para cubrir los nervios y los huesos, podia envolver todo su cuerpo. Me parece, señores, que no es necesario relataros por menor los rigores que en tan poco tiempo produjeron tan extraor-

dinaria mudanza: ésta fué efecto de sus ayunos, de sus vigiliias, de sus cilicios, y de otras muchas sangrientas austeridades, invenciones saludables del amor divino.

Luego que por la muerte de su esposa quedó en libertad para poder disponer de su persona, pensó en contraer nuevos empeños con su Dios, y abandonar por completo el mundo. Con este propósito resuelve abrazar el estado religioso, no tanto con el fin de morir á sí mismo, pues había mucho tiempo que solo Jesucristo vivía en él, como para formar allí su sepulcro: el mundo no podia ser mucho tiempo la mansion de un hombre que no gozaba de la vida humana; estando muerto, debía habitar entre los muertos, y su morada debía ser un sepulcro. No puedo ménos de admirarme, católicos, al contemplar el extremo rigor que usó consigo despues que dejó de ser dueño de sí mismo: cuando todavía vivía ocupado en los cuidados del mundo, llevaba casi siempre sobre su extenuado cuerpo un áspero cilicio, el que ya nunca se quitó despues que salió del mundo; no bastando á que mitigase este rigor, ni los excesivos calores del verano, ni los rigores de sus largos viajes, ni las enfermedades casi continuas, ni las penosas llagas de que estaba cubierto: dos horas de sueño que concedía á su fatigada naturaleza, le parecían excesiva condescendencia; y aún interrumpía este corto espacio de tiempo para imponerse nuevas mortificaciones, no teniendo otra cama en que dormir sinó unas tablas ó el duro suelo.

Casi no me atrevo, católicos, á referir los crueles rigores que usaba consigo mismo, pero tampoco creo justo el ocultarlos: confieso que apénas me atrevía á creer lo que en este particular se cuenta de nuestro Santo; juzgué por algun tiempo, ó que el historiador se habia engañado en los relatos, ó que exageraba demasiado los sucesos que habian llegado á su noticia; no contento con el testimonio de un solo autor, en punto que consideraba tan superior á las fuerzas de la naturaleza, lei hasta cuatro, y encontré que todos convenian, en que nuestro Santo, no obstante hallarse tan debilitado con las enfermedades, tan consumido con las vigiliias, ayunos y demás austeridades, castigaba su cuerpo con tanta crueldad, que á los primeros golpes brotaba la sangre de varias partes, ó de las nuevas heridas que se hacia, ó de las antiguas que renovaba. No obstante estar nadando en su propia sangre, continuaba las disciplinas hasta quedarse sin fuerzas. Y no faltó quien tuviese la curiosidad de contar los golpes, mientras duraba esta terrible mortificacion; y asegura que llegaban á ochocientos ó novecientos: penitencia que practicó todos los dias por espacio de muchos años. ¡Ah, católicos! ¿qué es lo que nosotros practicamos por

merecer el Cielo? ¿qué hacemos por expiar los pecados de nuestra vida y para parecernos al ejemplar de todos los predestinados. Jesucristo nuestro Redentor, azotado con la mayor crueldad y espirando en una cruz?

Ya no me admira, señores, de que S. Francisco de Borja adelantase su muerte con las austeridades de su vida: su cuerpo despedazado y llagado, se asemejaba á un cadáver casi corrompido: si algunas veces aplicaba paños á sus heridas para restañar la sangre, inmediatamente sucedía á este socorro algun nuevo instrumento de penitencia, con el que se abrían de nuevo las llagas mal cerradas; las disciplinas armadas con garfios de hierro descargaban sobre las heridas, que todavía estaban ensangrentadas. Mas ¡oh juicios precipitados de los hombres! nosotros graduamos de demasiado lo que solamente puede autorizar la inspiracion del Espíritu Santo. La obediencia puso á S. Francisco de Borja en el cargo de provincial de su Orden en España y Portugal; pero al mismo tiempo, S. Ignacio de Loyola, cabeza principal de ella, le mandó que obedeciese á un director sábio y prudente, á quien encargó reglamentase sus austeridades, sin permitirle aquellos excesos que pudiesen ser perjudiciales á su salud; empero estas precauciones fueron inútiles, pues halló medio para proseguir en sus austeridades sin faltar á la obediencia. Es verdad que nuestro Santo no podia resistir á los preceptos de aquel director encargado de la conservacion de su vida; mas ¿cómo habia éste de resistir tampoco á los ruegos y lágrimas de nuestro Santo? Mandábele el director que moderase el rigor de las penitencias, le señalaba el tiempo de su oracion, de sus mortificaciones; empero este precepto tan justo le parecia tan riguroso y expresaba su sentimiento con palabras tan eficaces, que la compasion concedía lo mismo que la razon negaba, y parecia mayor crueldad no condescender con sus ruegos, que abandonarle á su fervor. ¿Qué os parece, católicos, de este amor tan extraordinario á los trabajos? ¡Oh gracia de Jesucristo! gracia divina y poderosa, digno precio de la sangre y de la vida de un Dios! ¿qué no puede nuestra flaqueza cuando está animada de vuestra fortaleza infinita? Paréceme, católicos, que os he dicho aún más de lo que os prometí: la mortificacion hizo en S. Francisco de Borja más de lo que en él pudiera haber hecho la muerte; no solamente le hizo insensible al sufrimiento, sinó que le inspiró un insaciable deseo de padecer; y aún más, pues le comunicó una ánsia imponderable por los desprecios, y un horror indecible á cuanto puede lisonjear la vanidad ó ambicion de los hombres.

Es indudable que el amor á la gloria y el temor de los desprecios,

subsisten en aquellos mismos corazones que casi son insensibles al dolor y al placer: las personas espirituales conocerán muy bien la verdad de esta doctrina, pues saben que éste es uno de los principales escollos que detiene á aquellos á quienes Dios llama á la virtud, y que es necesario pelear mucho tiempo contra ese enemigo, aún despues de haber vencido á los demás. S. Francisco de Borja, en quien concurrían todas las circunstancias que acumulan los más distinguidos empleos á un nacimiento ilustre, debía sin duda estar muy expuesto á las asechanzas de este enemigo; pero hé aquí, señores, cómo se defiende y cómo se burla de él. Apénas se ve el duque de Gandia con el hábito religioso, cuando ya se considera como un hombre entregado al servicio de otro hombre. Barcelona, que ántes habia visto á su virey rodeado siempre del esplendor y magnificencia que acompañan á esta dignidad, le ve despues en plazas públicas, llevando el ramal de un borrico cargado de provisiones para el sustento de sus hermanos. Valladolid, córte entonces de España, que tantas veces habia visto á este áulico cargado de honores, le vuelve á ver hecho un humilde siervo de los pobres, llevándoles él mismo los víveres que mendigaba para alimentarlos, y sufriendo en este caritativo ejercicio no pocos insultos de hombres brutales y libertinos.

Para manifestar empero claramente, las disposiciones de su corazon acerca de los honores y de los abatimientos, era necesario que yo pudiera abriros ese mismo corazon, y pintaros la afliccion y la congoja que padecía cuando recibia alguna muestra de respeto, aún de las personas más abatidas, y la alegría que experimentaba con los desprecios, las injurias que le proporcionaba su trato humilde, sencillo y apartado de toda ostentacion. Pudiera referiros muchos ejemplos dignos de la atencion con que venerais á nuestro Santo; pero, además de no permitirlo el tiempo, muchas veces me veria precisado á callar por no lastimar la delicadeza de nuestro siglo; por eso no me atrevo á relatar lo que pasó en aquella noche, en que la excesiva paciencia de nuestro Santo, ó por mejor decir la divina Providencia, que se complace en conceder á las almas grandes unas victorias que parecen únicas en su clase, permitió, que estando descansando sin más cama que el duro suelo, segun su costumbre, recibiese sobre su rostro por espacio de muchas horas, las flemas que una tós importuna hacia arrojar al compañero que le asistia y dormia en su mismo aposento; léjos de quejarse, se decia á sí mismo: á lo ménos una vez soy tratado como merezco.

Una sola prueba del amor que tenia á los desprecios referiré; por que ella sola me parece suficiente para confundir nuestra ambicion,

y movernos á despreciar las grandezas de la tierra, y aún á los que con tanta ansia ánhelan por ellas. Bien sabéis cuánto suelen apetecerse las dignidades eclesiásticas, sobre todo, cuando su aseccion no se mira como imposible; tambien sabéis los artificios y ardidés que suelen emplear los que las desean, y sus artificios por alcanzar unos honores, que solamente se pueden merecer huyendo de ellos; pues sabed que parecia que todo el mundo conspiraba para elevar á esos honores á S. Francisco de Borja. Dos grandes monarcas, y cuatro sumos Pontífices del mayor mérito, trataron de poner á nuestro Santo en lo sumo del honor; pero jamás quiso él consentir en sus deseos. Apénas llega á su noticia que el Pontífice piensa en elevarle, cuando sale huyendo de Roma y se oculta en lo más retirado de la Vizcaya, hasta que se disipa la tempestad; cada vez que ésta se renueva, pide á Dios con lágrimas que le envíe la muerte; hasta siete veces rehusa con inaudita constancia la púrpura romana; y es tal su heroísmo, que poniéndole en la mano uno de los Papas referidos el capelo, para que dispusiese de él á favor de uno de sus hijos, el que él quisiese, tampoco acepta esta gracia; sordo á la voz de la sangre, insensible á los más terribles impulsos de la naturaleza, parece que se olvida de que es padre.

Ese es, católicos, el estado á que la mortificacion redujo á nuestro Santo; pero cuando despues de haberle considerado detenidamente reparo en nuestra flaqueza, ó por mejor decir, en aquella fuerte pasion nuestra por el mundo, no hallo términos para expresar mi admiracion. San Francisco de Borja era hombre como nosotros, y nosotros somos cristianos como él; tenia como nosotros un cuerpo flaco y ocasionado á mil enfermedades; y nosotros tenemos como él una alma inmortal, capáz de poseer ó de perder á todo un Dios, y nos hallamos con la obligacion de salvarla; vivimos en la misma religion, y esperamos las mismas recompensas: con todo eso, se advierte una prodigiosa oposicion entre su conducta y la nuestra, entre sus deseos y nuestras pasiones, entre sus temores y nuestra seguridad. Nosotros creemos que los santos abrazaron el partido que debian seguir; juzgamos que fueron dichosos por haber caminado por las sendas que les señaló la gracia; y no obstante estas ideas, corremos al precipicio por unos caminos reprobados. Esta mortificacion de que se nos habla, cuando se nos señala el camino para la vida eterna, no debe asustarnos, ni es tan terrible como nos parece; ántes bien tiene muy poderosos atractivos, pues mitiga y hace deliciosas las mismas asperezas que abrazamos. Tened presente, señores, lo que dije al principio de este discurso; esto es, que la mortificacion

es semejante á la muerte, porque pone en libertad al alma y sujeta el cuerpo á su imperio; y así dá con usura á nuestro espíritu lo que quita á los sentidos. San Francisco de Borja nos subministrará pruebas convincentes de esta verdad: la mortificación le desprendió de tal modo de los objetos sensibles, que parecía no tener sentidos; esta misma mortificación, empero, le facilitó de tal modo el ejercicio de la contemplación, que parecía ser puro espíritu enteramente separado de la materia.

La libertad que goza el alma después de la muerte, no solo consiste en librarse de la estrecha cárcel que Dios le fabricó por sus propias manos, á la que estaba sujeta por lazos invisibles, sino, principalmente, en quedar independiente de todas las cosas criadas: en este estado ya no há menester socorro alguno para elevarse á su Criador, ni hay cosa que pueda impedirle el unirse con su Dios, si ha pasado de esta vida unida á Él. Esta santa libertad consiste, en que aquella natural inclinación que tiene el alma de volver á su principio, no se halla ya impedida por el influjo de la carne, y así recobra toda su actividad. Entónces esta inclinación impele al alma hácia este objeto con tanta fuerza, que la violencia que padece cuando es detenida por la justicia divina es el más cruel suplicio que experimenta en el Infierno.

San Francisco de Borja, no solamente no recibe ya las impresiones de objeto alguno material y terrestre, sino que su alma, libre de la esclavitud de los sentidos, camina sin tropiezo hácia Dios, recibe las luces celestiales, y mira sin repugnancia su próxima separación. Elevase á Dios mediante la oración, sin tener que violentarse, y sin que objeto alguno pueda detener los suaves movimientos que le ligan al centro de su reposo; no puede ya separarse de este centro sin sentir honda pena; mira como atroz tormento el obedecer todavía á las necesidades de la naturaleza, y el tener que pensar en otra cosa que en su amado. Me parece que puedo asegurar sin exageración, que toda su vida fué una oración continua: jamás hubo objeto, ocupación ni fatiga que pudiese hacerle olvidar de que se hallaba en la presencia de Dios. Además de esta continua presencia del Criador; además del tiempo que empleaba dos veces al día en hacer un riguroso exámen de conciencia; además de siete visitas practicadas todos los días á Jesucristo en el altar donde permanecía oculto, sin hablar del oficio divino, el que rezaba con tanta atención y respeto, ni de la celebración de los santos misterios, en la que empleaba tres horas particularmente cuando no celebraba en público; todos los días invertía en la meditación seis horas continuas, teniendo el ros-

tro pegado contra el suelo, y permaneciendo en la postura más humilde. Si me preguntais cual era su atención durante una oración tan prolongada, os responderé, que habiéndose desplomado cierto día el techo del aposento en que estaba orando, y haciéndole una de las vigas una muy ancha herida, ni el ruido del desplome, ni el dolor de una herida tan peligrosa, ni la sangre que de ella corría fuéran capaces de distraerle; os responderé, que caminando entregado á la oración en un carruaje, se desbocaron los caballos, y llevaron el coche por entre unos peligrosos precipicios; los que le acompañaban saltaron en tierra para salvar sus vidas, y él solo, sin advertir el peligro, permanece tranquilo, continuando su oración en medio de las terribles sacudidas del coche y de los gritos de los compañeros, que le avisaban el inminente riesgo. En el aposento en que oraba entraban y salían varias personas, y hablaban en alta voz con la misma libertad que si él estuviera ausente, por estar persuadidos de que en esta ocasión perdía el uso de todos sus sentidos.

Las luces que recibía en esas conversaciones con su Dios, se manifestaban muchas veces exteriormente; de manera, que producían una claridad tan extraordinaria, que no solo iluminaban los más oscuros aposentos, sino que algunas veces no se podía soportar su resplandor. Repetidas veces fué visto nuestro Santo en este estado: ¿cuántas, empero, estaría rodeado de esos celestiales resplandores sin que nadie le viese? ¿Para qué escogería siempre la noche, para qué buscaría los lugares más apartados, para qué se encerraría con tanto empeño, siendo así que tan poca necesidad tenía de la soledad para orar, sino para evitar por estos medios el ser visto muchas veces en sus éxtasis? El mismo solía decir, que un cuarto de hora de oración le recompensaba muy superabundantemente de todas las delicias que había abandonado por el amor de Jesucristo. De eso se quejaba con su compañero, cuando éste le avisaba que ya había durado las seis horas, pues le parecía que entónces comenzaba á orar; de suerte, que cuando aquél se olvidaba de avisarle, él también se olvidaba de comer y de todas las cosas de este mundo; de tal manera, que hubo ocasión en que á la entrada de la noche le hallaron en su oración en el mismo lugar y en la misma postura en que la había empezado por la mañana. Pasaré en silencio el dón de protección de que le dotó el Cielo; la divina Providencia permitió que, sin notarlo nuestro Santo, manifestase poseer esta gracia; y la historia fiel de su vida refiere muchas de sus predicciones. Tampoco hablaré de aquellos privilegios tan singulares y propios de los puros espíritus, de aquellos privilegios de penetrar los más ocultos secretos de los corazo-

nes, de saber lo que pasa en los lugares más remotos, y de ver los objetos invisibles y espirituales. ¿Os parece que cuando permanecía tanto tiempo con los ojos fijos en el Cielo, solamente reparaba en lo que se ofrece á este sentido, y que no veía unos misterios de los cuales no le es lícito al hombre hablar?

¿Qué más puedo deciros para que conozcais la venturosa libertad de que gozaba esa alma santa, despues que la mortificación, á nuestro juicio, le habia desprendido enteramente de su cuerpo? Creo inútil referiros aquí la facilidad, el consuelo y el júbilo con que se separó de su cuerpo. Estaba ya para terminar un largo viaje que habia emprendido por orden de S. Pio V, cuando se vió acometido del mal de la muerte: hallábase en esta ocasion cerca de Roma, y ordenó que le trasladasen á la ciudad para tener el consuelo de espirar entre los suyos. El soberano Pontífice, la córte y todo el inmenso pueblo dan señales del dolor que les aflige al oír el peligro que le amenaza; solamente nuestro Santo derrama lágrimas de alegría; é imitando al justo Simeón, cuando en el Templo vió con sus ojos y tuvo en sus brazos al Descado de todas las naciones, exclama: *Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace*. Finalmente, acaba su vida dando á Dios solemnes gracias por algunos señalados beneficios que habia recibido de su misericordia; y este agradecimiento es, en mi sentir, la circunstancia más propia para poner punto al panegírico de S. Francisco de Borja, que, á mi parecer, debe ordenarse á la edificacion de las almas. ¿Queréis saber, señores, cuáles fueron los beneficios que en este trance le movieron á explicar de un modo tan enérgico su agradecimiento? Escuchad.

En el trance de la muerte no dá gracias á su Dios, ni por sus talentos, ni por lo ilustre de su cuna, ni por las pasadas riquezas, ni por el favor de los grandes de la tierra, aunque mira todos estos bienes como dones de la Providencia; lo que más aviva su agradecimiento es la felicidad que ha tenido de vivir pobre, y la que tiene de morir en la pobreza: dá gracias al Señor, no por los galardones que ha poseído, sino por las fuerzas que le concedió para renunciarlos; y por el singular favor que mereció á la Providencia, en no consentir que le sacasen del estado de mortificación y humildad en que le cabe el consuelo de acabar sus días. Es verdad que no debe causar mucha admiracion, el verle en esa última hora con las mismas ideas que habia tenido en la flor de su edad, y dar gracias en la hora de su muerte por unos beneficios, que siempre habia estado deseando durante su vida; vosotros mismos, cuando os halleis en aquel terrible trance, no tendreis tampoco otras ideas; puede ser que hoy, sola-

mente, pidáis á Dios el establecimiento ó la conservacion de vuestra fortuna; puede ser que todos vuestros ruegos y todas vuestras oraciones se encaminen á conseguir varios proyectos de vanidad, de ambicion y de codicia; á libraros de los males que padeceis, á defenderos contra los que os amenazan, y á llenar vuestras casas de prosperidades: no puedo deciros si Dios oirá vuestros ruegos; pero bien sé, que en la hora de la muerte no serán tales favores el asunto de vuestro agradecimiento.

¡Dios mio! nosotros no tenemos el valor de un S. Francisco de Borja para pedirnos cruces, enfermedades, desprecios y pobreza; pero Vos, Señor, sabéis mejor que nosotros los bienes que habemos menester; usad de misericordia con nuestra ceguedad y flaqueza: estos son los bienes que os pedimos, porque estos son los únicos, verdaderos y sólidos: no deis, Señor, oídos á nuestros ruegos, cuando no os pedimos unos bienes que puedan ser objeto de nuestro agradecimiento en la hora de la muerte, y con los que merezcamos gozar de vuestra presencia en la Gloria; que á todos os deseo.